

Huesos para Adhira

J. R. Cascales



Image not found.

Capítulo 1

I

Las alarma aullaron entre la gran estructura acristalada de Covent Garden, que parecía una joya resplandeciente entre los oscuros edificios de Londres. Los cuatro guardas que paseaban somnolientos empezaron a correr en busca del intruso. Las luces que iluminaban el gran mercado se y de activar con las alarmas, haciendo que el intruso empezara a correr.

El profesor Dwight Goodwin empezó a correr y se alarmó al sentir que sus zapatos de cuero resbalaban sobre el pulido suelo de piedra blanca. Haciendo malabares para ponerse la bandolera del derecho, salió de uno de los callejones escondidos del mercado y se internó en el espacio central. Casi doscientos metros de carrera libre hasta su objetivo: la puerta más cercana.

Como en los últimos días, su mente era un hervidero de ideas, a cada cual más horrible que la anterior. El rostro descompuesto que le había devuelto la mirada la última vez que se había visto en un espejo. Su hija semiinconsciente en los brazos de aquel hombre...

Debo cumplir mi misión.

Se sorprendió de que su mente formulara esa frase, representaba lo que más había odiado en ese mundo. Su mente estaba alterada, como si estuviera drogado. Apartó esos recuerdos de su cabeza y se centró en buscar una salida.

La figura de un guarda son sobrepeso apareció a unos pocos metros de él. Su mirada se encontró con la menuda figura del profesor Goodwin.

—¿Qué hace aquí!? —gritó acercándose a Goodwin.

El miedo le trajo una gran oleada de calor que le congeló las entrañas. Goodwin se quedó paralizado mientras el guarda se acercaba. Pero pensó rápidamente.

El profesor se encogió sobre sus rodillas como si estas hubieran flaqueado bajo su peso. Apoyó el codo en un macetón a su lado y giró la cabeza hacia el suelo. Solo tengo una oportunidad. El guarda llegó hasta a él con zancadas torpes y puso su mano sobre el hombro del profesor,

que empezó a hiperventilar.

—¿E... está bien? —preguntó el guarda, confuso.

En un segundo, el profesor lo agarró por el antebrazo y lo atrajo hacia a él para tirarlo al suelo. Retorció el rechoncho brazo mientras lo empujaba hacia el macetón. El guarda cayó sobre las plantas y antes de que quisiera darse cuenta, el profesor ya había salido corriendo.

Goodwin corría todo lo rápido que podía, pero paró sus pies al mirar al frente. Sus pies resbalaron unos metros, acercándose hacia los dos guardas que se acercaban. El profesor giró y se metió en otro callejón.

Subió unos escalones rápidamente y atravesó dos pasillos más. Se detuvo ante una puerta apartada al público.

La única opción que me queda. Tengo que honrar al relámpago...

Metió su mano en su chaqueta de tweet mientras escuchaba los pasos acercándose sin remedio. Por fin consiguió coger la llave que buscaba; la metió en la cerradura y suspiró aliviado al escuchar el esperado chasquido. La puerta se abrió.

El interior era un pequeño cuarto de apenas un metro cuadrado. Solo había una escalera de mano que subía hacia la oscuridad. Con la luz que llegaba por el quicio de la puerta, el profesor Goodwin empezó a ascender.

Tengo que encontrar otra salida. Si no lo consigo, la mataran a ella.

—¡Quieto!

La voz provenía del final del pasillo, pero Goodwin ya había subido todos los peldaños. Se encontró con otro pequeño cuarto. Miró en derredor y vio que encima de la escalera había una tapa de metal como la de un cubo de basura. La bajó rápidamente y puso una caja encima.

Unas manos empezaron a aporrear la tapa cuando el profesor abrió la siguiente puerta. Sintió que el corazón se le paraba.

Le rodeaba el oscuro paisaje del Londres nocturno y, bajo sus pies, el vacío.

En realidad, como observó instantes después, estaba sobre el techo acristalado del mercado. Bajo el cristal, casi cincuenta metros de una caída mortal hasta el suelo. Imaginó su cuerpo estallando contra el

impoluto suelo blanco.

Quizás es eso lo que merezco. Este es mi final.

La carrera se había acabado y lo único que podía hacer podía ser lo más útil que habría hecho en su vida.

Su chaqueta de tweed se removía violentamente por el viento. De la bandolera sacó una pequeña caja de metal con extraños dibujos y empezó a correr. Miró hacia abajo y vio al guarda obeso mirándole desde abajo. Goodwin lo ignoró, no podía perder más tiempo.

El ala este de Covent Garden daba al teatro Linbury. La esbelta figura del edificio siempre había sorprendido a Goodwin, al igual que el resto de la arquitectura. El barrio de Covent Garden tenía unos rasgos arquitectónicos puramente italianos. Una pequeña pincelada del renacimiento entre la bohemia figura de Londres. Con las luces de las farolas los rasgos italianos se resaltaban en la oscuridad.

Lanzó la caja hacia el teatro y observó cómo desaparecía por sus tejados.

—¡QUIETO!

Goodwin se dio la vuelta lentamente y se encontró con tres guardas a unos veinte metros. Ninguno se atrevía a acercarse. La expresión de horror sorprendió al profesor.

—Adhira me lo pide —el profesor no estaba seguro de haberlo dicho en voz alta.

Entonces, se dio cuenta de que se asustaban.

Miró hacia abajo: una caída hacia el vacío.

La muerte es la única certeza que me queda ahora, y hundirme en el abismo mi destino.

Respiró hondo y se sumergió en sus últimos pensamientos, despegándose de una realidad en la que no quería vivir. Sus ojos enfocaron la imponente figura de la Bahía de Wehtmincher, el lugar de sepultura de reyes y sabios. Se preguntó donde acabaría al saltar. Aunque era académico, tenía la certeza de que encontraría algo más que oscuridad.

Tras poner un pie en el aire, el resto de su cuerpo descubrió el abismo.

Capítulo 2

Un olor a incienso impregnaba cada lugar de la oscura habitación con aromas poco comunes. Hacía frío, a pesar de ser pleno verano. El asfixiante lugar, bajo el suelo de Londres, parecía una especie de refugio nuclear lleno de extraños adornos de demonios de religiones olvidadas.

Armello Fabricci levantó la cabeza con un gran sobresalto. Hacía un momento estaba en su coche y ahora estaba... suspendido en el aire. Su mente tardó unos instantes en procesar la imagen que veía. Sus pies y manos estaban atados a una especie de camastro a un metro del suelo. ¿Dónde estoy?

La habitación estaba delicadamente iluminada por varias velas de mantequilla, que se devoraban a su mismas a poco a poco. Alumbraban tenuemente el suelo ajedrezado, compuesto por baldosas naranjas y blancas. Armello adivinó las figuras de una mesa al fondo de la habitación, repleta de objetos que no llegaba a ver. Lo demás estaba despejado.

Una punzada de dolor en la cabeza le hizo retorcerse aún mas. Su mente estaba dormida, aletargada en un extraño sopor. Bajo la vista y se encontró con sus pies, cubiertos de sangre. Alguien había hecho con un cuchillo un extraño corte en ambos pies: dos espirales paralelas que finalmente se unían en forma de triángulo. Ladeó la cabeza todo lo que pudo hacia atrás. El lugar donde estaba atado era una especie de estructura circular de barrotes con dibujos en relieve.

La vista se le nubló unos instantes. Respiró profundamente, intentando controlar la situación.

Empezó a apreciar el impactante olor florar. El olor a cannabis le recordó los porros en las tardes de primaveras jóvenes. El campus de Cambridge había sido el lugar donde había probado el primero y, tras un mal subidón, el último. En la mesa habían varias barras de incienso, consumiéndose como las velas. Un pestilente humo emergía de las barras.

También noto el dulce olor de la magnolia y otro mas peculiar... mas espeso.

Tengo que encontrar una salida...

Miró en todas direcciones. Buscando inútilmente una ventana. Debía de seguir Londres o en algún lugar cercano. Aporreó los grilletes y empezó a gritar. Casi no escuchaba su voz, como si tuviera los oídos taponados.

Tenía que haber alguien cerca que le escuchara...

Y alguien le escuchó

Al fondo de la habitación, se abrió una puerta corredera con un suave susurro al deslizarse. En la macha oscura de la puerta, apareció una figura alta. Un extraño brillo en sus ojos reflejaba la llama de una de las velas.

Armello se contrajo entre los barrotes, clavándose unos hierros en la espalda.

La figura se acercó sin lograr emoción alguna. Estaba demasiado oscuro como para verle la casta, pero Armello creyó ver que no llevaba camiseta ni pantalones, solo una especie de pañal.

La luz anaranjada de las velas se reflejó en la afilada silueta de un cuchillo.

Armello empezó a hiperventilar mientras su corazón latía atemorizado. Había leído suficientes novelas de Simmon Becket o a su amigo Michael Connelly como para no saber que su momento había llegado. Apenas cuarenta años, y su vida iba a acabar por un maldito psicópata. Quizás lo peor era no saber el motivo por el cual lo hacía.

Abandonando todo respeto hacia el espacio personal, la sombra se acercó a Fabricci hasta quedar a unos pocos centímetros de su rostro. Armello pudo oler el aliento que emanaba de su boca, un aroma picante y exótico.

La boca oscura se articuló unas palabras lentamente, casi marcando cada sílaba:

—Entrégate al Tigre de Tres Ojos.

Armello intentó captar el significado de las palabras, pero su mente se volvió una espiral de confusión. Sintió una gota el sudor frío descender vertiginosamente por su nuca.

Nadie podía encontrarlo a tiempo. Su única opción era entablar una conversación. Había leído que interactuar con un asesino podía crear una especie de vínculo que echara atrás al agresor a la hora de matar a la víctima.

—Me llamo Armello—no pudo evitar que su voz temblara—. Soy conservador en el Museo Británico...

—Tú no eres nadie —interrumpió la voz—. Entrégate a Adhira.

—Escucha podemos arreglar esto, solo tienes que soltarme y...

Una extraña oración llegó desde la garganta de la figura. Retrocedió con los brazos en alto como si fuera una plegaria al cielo. Armello vio con más claridad el cuchillo: la figura lo sujetaba con un mango con una serpiente de hierro enroscada, años extremos eran dos afiladas cuchillas de unos diez centímetros.

Volvió a acercarse a Fabricci. Puso el cuchillo entre los dos, de manera que cada extremo quedara a la altura de ambos corazones.

—No, no, espera... —la voz de Armello se cortó al sentir la fría punta clavarse en su corazón.

La figura le miró a los ojos y luego miró hacia arriba.

—No somos nadie —dijo acercándose cada vez más al conservador. Un hilo de sangre empezó a desfilarse por ambos pechos—, nos entregamos a la fuerza del relámpago.

El cuchillo se clavó lentamente en los dos corazones, al mismo tiempo.

Se quedaron quietos, mientras la sangre escapaba de sus corazones y ambas vidas se consumían...

Capítulo 3

Un chillido atravesó toda la casa, mientras empezaba a formarse una nube de un embriagador humo blanco.

Edric Dumm saltó de su desecha cama y se incorporó sobre el frío suelo. Una mancha neblinosa ocupaba su mente, pero rápidamente se disipó. Estaba en su casa, en Convent Garen. Bostezando, Edric descubrió lo que le había despertado.

La cafetera moka chillaba desde la cocina. Dumm odiaba ese pitido, pero la cafetera le compensaba con un exquisito café.

Salió de su habitación y bajó las escaleras. Un extraño olor a malta que salía de una de las habitaciones impactó en su olfato. "Me da igual". Aún sentía el sueño pesar sobre sus párpados.

Sintió un dolor punzante en sus pupilas cuando se expuso a las ventanas abiertas del salón. Se maldijo así mismo por no haberse controlado la noche anterior. El recuerdo de él y el resto de los agentes de la comisaría de copas se reflejó en su mente; debía de haberse ido temprano, pero había seguido bebiendo sin pensar siquiera.

Apartó la cafetera del fuego y sacó una taza roja del armarito de la cocina. El humeante café llenó la taza rápidamente. Edric sopló un poco para intentar sofocarlo.

"¿Qué hora es? He perdido la noción del tiempo".

Se sentó en la mesa de caoba y miró hacia el salón, sus ojos se detuvieron ante "El almuerzo sobre la hierba", de Édouard Manet. Dumm se sonrió al pensar en la historia del cuadro: la manera en la que se salvó de las hogueras alemanas, y como había ido pasando de manos hasta llegar al museo de Orsay, en París. Le parecía divertido pensar que la gente seguía viendo la obra día tras día en el museo sin siquiera imaginar que el original se encontraba en un piso londinense.

Engulló la taza de un trago y se sirvió otra. Volvió a sentarse y suspiró.

—Hay mejores maneras de matarme que con un café caliente, ¿no crees? —dijo mirando con despreocupación la taza humeante—. Además, así es como me gusta más. Beatrice, sal de la cortina.

Edric miró la cortina verde lima del fondo de la cocina. La tela seguía igual de inmóvil que cuando había entrado, pero él no picaba. Ese mismo

truco lo había usado varias semanas atrás. Aunque... Edric se dio cuenta de que había picado en el truco mas viejo del mundo.

El frío filo del cuchillo acarició su cuello, contrastando con el ardiente café que bajaba por su laringe. Edric mantuvo la serenidad en su rostro, sin dejar de mirar el Manet. La tercera vez que ella hacía el mismo numerito en lo que llevaba de mes.

—Vale, hoy no lo has hecho mal —dijo Edric dejando la taza sobre la mesa—. Sientate, quiero hablar contigo.

La joven quitó el cuchillo del cuello de su hermano y se sentó junto a él, sonriendo. Beatrice contaba seis años menos que Edric, aunque era mas alta que el inspector. Edric la miró a los ojos y se encontró con dos esferas cristalinas con el arcaico brillo de la curiosidad. Su piel, mucho mas blanca que lo normal en una persona sana, rezumaba un fuerte olor a protector solar.

—Vas a salir —aventuró Edric. Aquello no era una pregunta, sino que intentaba increparla. Sentía una gran preocupación por su hermana. En verano, no era muy conveniente que se expusiera a la luz solar.

—Sí, quiero ir a Apple Market, a comprar y tal —la voz sonaba extrañamente cálida, Edric sospechó de ello.

Demasiado tranquila.

Beatrice cogió una manzana del bol de la mesa y la mordió. La fruta crujió entre sus dientes.

—Además, está nublado, no pasa nada —añadió ella.

—Aún así...

—Deberías preocuparte por tu nuevo caso... —interrumpió Beatrice para desviar su atención.

Edric rebuscó en su mente ese supuesto caso. Nada. La juerga de la noche anterior se debía a que su equipo había resuelto el último caso que llevaban entre manos. Un desequilibrado se había pasado meses metiendo en los lugares menos pensados corazones de bueyes, algo que había asustado a mas de unos. Según decía el detenido, era por mera diversión. Aunque se había pasado cuando había cambiado el bebe de un carrito por un corazón de buey cuando la madre del niño estaba despistada. El niño apareció entre unos arbustos a unos metros.

Un mes de servicios comunitarios y algo de terapia había sido el castigo

del juez.

No había ningún caso abierto en ese momento.

—¿De qué hablas? —preguntó confuso.

Beatrice dejó la manzana y se levantó hacia el salón.

—Lynch ha llamado hace media hora. Han encontrado un cuerpo a unas calles de aquí. Por eso he puesto el café a hervir.

Y para ponerme un cuchillo en la garganta, pensó Edric, pero decidió callarse.

Dejó la cafetera en el fregadero y se encaminó a la puerta.

—No sé cuando volveré —dijo sin detenerse—. No te metas en líos, Beatrice.

La joven albina asintió, aunque Edric sabía que aún tramaba algo.

Capítulo 4

Cuando aparecía un cadáver, Lynch siempre sentía el mismo entusiasmo que cuando había empezado en esas cosas, hacía mas de veinte años. No era una especial ilusión por la muerte, pero sí que le causaba algo de entretenimiento. Y el rostro sin sangre de aquellos niños le divirtió mas que nada.

La mañana había amanecido despejada, cálida. Perfecta para los chavales, que habían salido a jugar a una ría cerca de Hanwell. Tras dejar atrás un pequeño parque, los cinco niños, de no mas de once años, habían decidido alejarse un poco mas de su casa. Nada fuera de lo común, pensó Lynch, recordando que él hacía cosas así a esa edad. Sin embargo, nunca vio un cadáver descender por el río.

El primero que lo vio fue un chaval con el pelo claro, que se había acercado para escupir a ese objeto que no había visto bien. Según decían, tenían una especie de competición a la hora de pasar por ahí. El chaval no se veía mucho y cuando se dio cuenta de que aquello era un lo que era, se escupió en su propia barbilla. Lynch no había podido resistirse las ganas de reir delante de esos rostros pálidos por el miedo. Nada, ahora estaban de vuelta a Hanwell. Aquello solo sería la mejor historia que podrían contar.

A otra cosa.

Lynch se quitó la corbata con movimientos forzosos y la tiró dentro del cochambroso coche que solía conducir. El sol caía sin piedad y sentía que había empezado a sudar. Se paso la mano por la frente para secarse un poco.

A la porra con la corbata. El peor verano que recuerdo.

Habían dejado el cuerpo en una de la orilla del pequeño río, y los agentes procuraban mantener a cierta distancia a los curiosos. En su mayoría eran corredores que se habían topado con aquel tinglado que llamaba a ojos indiscretos. El agua era grisácea y seguramente ningún ser vivo se atreviera a asomarse. Una espuma de mal aspecto se amontonaba en los bordes, como si fuera una baba tóxica.

Lynch volvió a cruzar el cordón policial, viendo como la gente se apartaba a su paso. Su corpulenta figura quizá parecía importante. Tengo que hacer ejercicio, pensó al notar su barriga al agacharse hasta llegar al lado de la forense, que fotografiaba la balsa de madera.

—¿Por qué te has ido? —preguntó la mujer a través de una mascarilla blanca. Vestía un traje de forense, un atuendo de plástico blanco diseñado para no corromper posibles pruebas. Lynch sabía que el agua era sinónimo de pocas evidencias.

—He dejado la corbata en el coche, tenía calor.

La forense soltó un gruñido.

—Métete en este traje y sabrás lo que es tener calor.

Elsy Wood y Knowlton eran compañeros desde hacía diez años, cuando ella había llegado a la comisaría nada mas licenciarse. Para

sorpresa del teniente, la tal Elsie había resultado ser una experta forense, y no la novata torpe que esperaba. Ambos compartían el gusto por un extraño humor negro. Cosas del trabajo, se decía Lynch.

Lynch miró a su alrededor mientras la forense se agachaba, preparando su material. Un pequeño tumulto de curiosos se había formado en la otra orilla, aunque unos agentes mediaban para que se alejara unos metros... El teniente suspiró, desde que era agente, jamás había sentido la atracción de olisquear en casos de homicidio que no fueran los suyos.

¿A qué viene tanta inquietud? El muerto no se va a levantar.

Sus ojos se volvieron al pequeño puente. Un viejo Impala del setenta y dos había atravesado la calle y había aparcado con un simple movimiento a unos metros del gentío. El coche era inconfundible.

Por fin viene...

El coche paró a unos metros del puente. La esbelta figura de Edric Dumm se apeó del Impala de un salto. Como siempre hacía se alisó la chaqueta y anduvo recto hacia Knowlton. Pasó entre un par de personas para pasar por la cinta policial se detuvo ante el teniente. Apenas las rozó con sus movimientos gráciles.

—Lo siento, Lynch —dijo sin preocupación, ya miraba de reojo el contenedor de basura que todos observaban—. El despertador se me ha estropeado.

—Da igual —Knowlton también miró el contenedor, pero decidió darle unos segundos a la forense, y, de paso, hacer rabiar a Dumm—. ¿Qué tal anoche? ¿A qué hora os fuisteis del Crikcet's?

Dumm miró el cauce como si fuera a encontrar las respuestas. Sacudió la cabeza sin saber que decir. Lynch sabía que Dumm podía ser muy listo, era un genio, y mejor agente que cualquiera, pero no sabía beber. Parecía perder las cuentas de cuantas copas se había tomado. Habían sido varias las veces en la que Lynch había tenido que recoger a su compañero y llevarlo hasta su casa. Le gustaba acompañarlo a su casa, pero también le inquietaba la entrada de ésta.

La primera vez que lo había rescatado de una borrachera, Knowlton se había quedado impresionado al ver donde vivía Dumm... y con quien vivía.

—Vamos a ver el cuerpo.

Wood saludó a Dumm antes de señalar el cuerpo. Era raro, eso debía de admitirlo Lynch.

—No llevaba documentación, por lo que aún no está identificado. Cotejaré el ADN con el CODIS, quizá esté en alguna base de datos.

Dumm fue el primero en acercarse, seguido de Knowlton, aunque él ya lo había visto.

En quince años de carrera, Lynch no había visto nada así. La palabra bizarro era el único que acudía a su mente. Lo único parecido que recordaba era el cuerpo de un hombre vestido de mujer en el Tamesis, hinchado y con el maquillaje corrido. Pero este era diferente, como si hubiera sido cuidadosamente preparado, colocado sobre una pequeña balsa de madera y dejado en la corriente del río.

La doctora Wood se acomodó en el pequeño hueco que quedaba libre.

El cuerpo ocupaba casi toda la madera. Tenía los brazos y las piernas extendidos en el minúsculo espacio. Desde lejos no debía de estar claro que estaba muerto, sino solo tumbado como un loco. El rostro pintado de verde, naranja y negro, parecía sereno, aunque de entre los labios se podía adivinar una pequeña protuberancia.

Tiene algo dentro de la boca, pensó Knowlton.

Las manos estaban cerradas completamente. En el pecho desnudo habían pintado una especie de líneas curvas que se reunían en el cuello de la víctima. Los pies estaban cubiertos de sangre y, justo en medio, había una especie de agujero, como si le hubieran clavado algo. Estaba completamente desnudo, y la piel habían adquirido un tono pálido, casi grisáceo.

-Esto huele a mal -dijo Lynch para romper el silencio, mirando el lento fluir del agua; parecía hasta espesa-. Joder, no me atrevería a beber de ahí. Y el cuerpo huele igual. Imagina que hubiéramos tardado mas.

Dumm negó con la cabeza sin dejar de mirar el cuerpo.

—Huele a limón.

—¿Como va a oler limón?! —exclamó Lynch. Parecía que Dumm tenía el sentido del olfato atrofiado— No creo que lo hayan perfumando para la ocasión.

—Pues yo creo que sí —Dumm señaló una de las manos cerradas del cuerpo y se giró hacia la forense—. Doctora Wood, ¿haría el favor de abrir la mano cuando lo lleve al laboratorio? —la mujer asintió sin mirarle, preparando una bolsa de plástico para transportar el cuerpo. Parecer que está en pleno rictus.

-Está bien.

La multitud de curiosos parecía aún mas nerviosa, como si esperara que ellos le dieran una buena respuesta a todo aquello. Dos ayudantes del forense pasaron por su lado con una camisas. Lynch se giró y vio que un par de ayudantes del forense se acercaban con una bolsa negra para cargar el cuerpo...

—¿Dónde quieres ir primero? —preguntó Dumm.

La pregunta pilló por sorpresa a Knowlton, que miraba la acción de los forenses.

—La víctima está sin identifica y varios agentes están preguntando a los vecinos si escucharon algo anoche... no es que haya muchas opciones, la verdad. Deberíamos ir a ver al basurero que encontró el cuerpo y esperar a que identifiquen el cuerpo.

—¿Solo se te ha ocurrido eso en toda la mañana? —Edric no era condescendiente, ni mucho menos, pero solía darle mucha importancia al trabajo rápido.

Knowlton se encogió de hombros, molesto.

—Tú también has tenido la misma información que yo. Te llamé y le conté a Beatrice las marcas del cuerpo, ¿no te lo ha dicho?

—No, solo ha intentado matarme...

Lynch se quedó mirándole, mientras Dumm seguía sin inmutarse. Quizá para él fuera normal. Da igual. Conocía de sobra a los hermanos, aunque seguía sorprendiéndose de las excentricidades de ambos.

Antes de subir la cuesta, Lynch se giró hacia la forense:

-Elsie -llamó, mientras señalaba la espuma de los bordes del río y después al cadáver de la balsa-. Fíjate, este río es como el buen champagne: espumoso y con cuerpo.

La forense gruñó, riendo por lo bajo.

-Imbécil...

Capítulo 5

Beatrice Dumm salió por la puerta de la casa y se sintió aliviada al ver que estaba nublado, aunque el sol amenazaba detrás de las oscuras manchas grises. Cerró los ojos y apreció el momento: era la primera vez que salía en todo el mes y los pocos rayos que se filtraban por las nubes eran reconfortantes.

Bajó los escalones y empezó a caminar decidida mientras dejaba atrás su hogar. Siguió recto y tras observar de lejos el Puente de Londres, giró a la izquierda para ir a Covent Garden.

En la otra acera, un grupo de personas que hacían cola a la entrada de un museo empezaron a girarse y a cuchichear.

Empezó a sentir esa misma incomodidad que la acompañaba desde niña. Algunas miradas empezaban a dirigirse hacia su mortecina piel y al impoluto cabello blanco que lucía. Se alegró de haber cogido las gafas de sol, lo que más sorprendía a la gente eran las dos esferas rojas que decoraban sus afilados rasgos.

Les parezco un fantasma.

El grado de albinismo que Beatrice sufría era de los más altos. Los niveles de melanina en su organismo eran muy bajos, y no absorbía la vitamina C que necesitaba, por lo cual a veces se sentía mareada. La fotofobia era lo más molesto, y lo que más le impedía tener una vida normal. La poca pigmentación siempre sorprendía a la gente, ya que sus venas se podían adivinar bajo la fina piel.

Dejó atrás la cola de curioso y por fin llegó a la plaza central de Covent Garden.

El gran edificio llamó la atención de su mirada. Una gran estructura de hierro y cristal templado. Aunque las grandes cristaleras no tenían esa forma, a Beatrice siempre le había parecido una especie de panal de abejas, pero a nivel diseñado para los humanos. El murmullo de los turistas entrando y saliendo de los comercios se asemejaba con el de un enjambre hambriento.

Hambrientos de ver algo interesante.

Beatrice se internó por en medio de la calle peatonal y se sorprendió al ver a unos de los malabaristas ambulantes que solía actuar a esas horas, se iba recogiendo sus artilugios: cuchillo, bolas y varillas de colores que hacía volcar por los aires. Era extraño verlo marcharse, normalmente toda la atención se centraba en su juegos. Ver sus actuaciones era algo que divertía a Beatrice. La multitud solía congregarse para ver bailar los bolos entre las manos del artista callejero.

—¡Joder, macho! —exclamó alguien a su lado. Cuando Beatrice se giró vio a un joven con anillos tanto en los dedos como en las orejas— Está ahí adelante, ¡tienes que verlo!

—¡Paso! —respondió otra joven con más anillos— No quiero hechar el desayuno.

—Pues te lo pierdes, porque... —Beatrice siguió andando, y la conversación se perdió entre el incesante murmullo de voces.

¿Otro malabarista? Debía de ser un espectáculo muy bizarro. Quizá llamaba demasiado la atención del público, y artista de siempre había abandonado su mina de monedas. Beatrice descartó la idea. Esa competencia debería ser muy voraz para echar así al artista circense.

Un minuto después, la joven encontró la razón de los murmullos.

En la entrada principal de Covent Garden se había congregado una multitud curioseando algo que llamaba su atención. Algunos agentes dirigían el tráfico de turistas hacia la otra entrada del centro comercial mientras el resto murmuraban morbosos... un cadáver.

Beatrice se hizo paso entre varias personas, que se apartaron impresionados al ver su aspecto. Se sintió incómoda rodeada de tanta gente. Nunca había soportado estar rodeada de mas personas que las necesarias. Sentía la necesidad de saber quien estaba a su alrededor, y con aquella multitud era imposible saber quien respiraba en su nuca.

Al fin se hizo paso por completo y vio la escena que mantenía entretenido a un forense.

El cuerpo de un hombre estaba en el suelo, rodeado de un mar de sangre. Algunas personas apartaban la vista al ver el rostro desfigurado del hombre. La mandíbula se había desencajado y colgaba a un lado. Por debajo del cráneo se extendía una espesa masa que parecía picadillo de carne.

Sí que esta hecho picadillo.

La cabeza era irreconocible y había quedado en una posición poco natural. Pero, en cambio, las extremidades habían quedado relativamente intactas. Estaban extendidas haciendo que el cuerpo formara una estrella. Lo único que parecía roto será un huesos que sobresalía por el brazo derecho, era el cúbito. Pero había un detalle en partícula que llamó la atención de Beatrice: en manos manos el pulgar y el índice estaban algo separados, por lo que el índice, el anula y el corazón estaban alineados con la palma de la mano. Beatrice miró al cielo y vio que dos agentes acababan de llegar al techo de cristal y miraban nerviosos la mortal caída. La altura debía rondar casi los veinticinco metros.

Un suicida.

Todos lo murmuraban, pero Beatrice estaba segura de que había algo mas que un simple suicido. Ladeó la cabeza y se hizo paso hasta llegar al cordón policial. Lo cruzó ante las miradas sorprendidas.

—¿Que hace? —preguntó uno de los curiosos.

Beatrice lo ignoró y siguió andando hasta llegar al agente mas cercano.

Supuso que era nuevo en el cuerpo, ya que no recordaba haberle visto. El agente era mas bajo que Beatrice, pero tenía la espalda como la de un nadador. El traje de policía parecía quedarle pequeño, casi a punto de estallar. Rozaría los treintas. Tenía el pelo de un color anaranjado y la espesa barba estaba peinada y recortada al milímetro. Sopesaba un café, removiéndolo poco a poco, pero no se atrevía a beber junto al cuerpo destrozado. Le tocó el hombro y el agente dio un respingo.

—Señora, no puede...

Beatrice puso a pocos centímetros del rostro del agente, que retrocedió

un poco, alarmado. La pequeña identificación pilló por sorpresa al hambre.

—Me llamo Beatrice Dumm. Soy investigadora civil, y vengo en nombre de Edric Dumm, teniente de la Policía Metropolitana —y le dijo su número de placa.

El agente examinó a la mujer de arriba a abajo y asintió con cara de no comprender. Miró en derredor, buscando a otro agente, pero no encontró ninguno. Si duda era nuevo en el cuerpo. Finalmente, asintió lentamente.

—Vale, puede pasar, pero debo acompañarla en todo momento —miró unos instantes alrededor sin abandonar la esperanza de encontrar ayuda. Ningún agente estaba cerca. Suspiró y se giró hacia la joven— Toda la información respecto a este caso deberá compartirla conmigo, y no podrá filtrarla a la prensa ni a ningún medio. ¿Queda claro?

Beatrice se sonrió por su suerte. Desde hacía tiempo, era medianamente conocida en el cuerpo por ser la hermana de Edric Dumm, uno de los agentes más notables. Seguramente el policía que tenía delante había escuchado algo sobre ella. Beatrice había ayudado en unas cuantas investigaciones a su hermano. Aunque también era conocida por su aspecto, Beatrice apartaba ese pensamiento de su mente.

—Me llamo Ansel Plock —dijo el agente, como si intentara retomar un poco el control de la situación haciéndose notar.

Ella siguió mirando el cuerpo, en su mente ya empezaban a formarse decenas de ideas. Una de ellas era que nunca había visto a un policía con barba.

—Bien, empecemos.

Capítulo 6

Ansel Plock le indicó el camino a la joven, aún asombrado de la poca vergüenza que había mostrado. Dentro de Covent Garden, el aire acondicionado ya estaba puesto aunque aún no estaba —para enfado de los comerciantes— abierto al público. A pesar de ello, Plock suspiro agobiado, no soportaba el anormal verano que estaba transcurriendo.

Beatrice Dumm le seguía muy de cerca, observando cada recoveco con la mirada atenta. Plock se sentía incómodo junto a ella. Aunque llevaba menos de un mes en la policía metropolitana, ya había oído hablar de la mujer albina que solía ayudar en algunos casos.

—No viene mucho por aquí, la verdad —había dicho Lynch, uno de los agentes mas veteranos, además de superior de Plock—. Pero cuando viene, se hace notar.

Por lo visto era hermana de Edric Dumm, capitán de la unidad de Homicidios. Estaba claro que la mujer había utilizado el puesto de su hermano para colarse en la policía, como si tuviera todo el derecho. ¿Acaso se creía que podía mangonearle así como así?

Ansel estaba a punto de hartarse y echar a la joven, pero se detuvo al llegar a la puerta que llegaban.

—¿Es aquí?

Plock asintió. Antes de que pudiera tocar la puerta, Beatrice abrió la puerta y entró sin preguntar.

Es directa, pensó Plock. Eso le gustaba.

Dentro, el aire era asfixiante. El aire acondicionado emitía un suave gemido en una esquina, aunque no conseguía aliviar la temperatura. Los ordenadores zumbaban en el suelo. La habitación sin ventanas contenía una serie de mesas donde descansaban varios monitores que emitían en directo y en diferido la señal de las cámaras de seguridad.

—¡Otra vez! —dijo entre risas la voz de un hombre uniformado de negro, sentado junto a una mesa. Uno de los vigilantes de Covent Garden

—¡No! Ya lo has puesto tres veces —repuso otro guarda de seguridad, gordo y con el rostro enrojecido de ira.

Un técnico y el guarda de seguridad de la mesa se reían de algo que salía en la pantalla, algo que enfurecía al otro. El hombre que manejaba el ordenador no debía de tener mas de veinte años.

Plock carraspeó y los tres hombres dieron un respingo. El más gordo se sobresaltó al ver el cuerpo mortecino de la joven cerca de él; tardó unos instantes en disculparse.

Plock maldijo entre diente lo que veía. Se suponía que debía haber un agente guardando las cintas. Aunque lo cierto era que nadie parecía mostrar ninguna intención de mancharse las manos con un simple caso de suicidio. El mayor revuelo se debía a que el muerto se había saltado los sistemas de seguridad como si nada.

Beatrice dio un paso adelante y se acercó al monitor.

—¿Qué es esto? —preguntó con un tono de voz duro y frío.

Los guardas miraron al joven técnico, que ladeó la cabeza nervioso.

—Son las grabaciones de esta noche —la palabra “noche” la pronunció con un tono mas agudo, que corrigió carraspeando—. Iba a guardarlas en una tarjeta de memoria para... la policía.

Beatrice no lo miró, siguió observando la imagen borrosa de la pantalla.

—Reproduzca el video —ordenó Plock desde atrás.

El técnico pulsó una tecla y la imagen se aclaró. Era la vista algo elevada de uno de los corredores principales de Convent Garden. A los pocos segundos aparecía un hombre con chaqueta de tweet Harris que se paraba justo en frente del objetivo de la cámara. Miró a alrededor antes de que apareciera en escena el guarda con sobrepeso.

El hombre uniformado de la mesa reprimió una carcajada. Plock, que ya había visto las imágenes, también aguantó las ganas de reír.

La imagen se desvanecía unos instantes, pero se volvió a enfocarse correctamente. Ahora aparecía el hombre de la chaqueta de tweet (el suicida) en el suelo, apoyándose en un macetón. El guarda fue a socorrerlo, pero el hombre lo cogía del antebrazo y lo lanzaba hacia el macetón de un golpe. El guarda caía de boca y se quedaba unos instantes en una extraña posición apuntando con el gran trasero directamente a la cámara. El suicida empezó a correr y desapareció de la imagen.

—¿No hay mas imágenes? —preguntó la joven.

El técnico negó con la cabeza.

—Se metió por un lugar muy poco concurrido, y no pasó por ninguna cámara más.

Beatrice asintió despacio y se giró hacia el guarda con sobrepeso.

—¿Dijo algo antes de que le redujera?

—No... no creo. Parecía como si estuviera a punto de desmayarse. Sudaba y respiraba mal, así como si le costara.

El hombre de la mesa chasqueo los dedos para llamar la atención. Todo se giraron hacia él.

—Yo lo seguí hasta el tejado. Fue corriendo hasta el borde sur, el mas alejado. Antes de tirarse dijo algo.

Plock vio como el hombre disfrutaba de la inquietud que había provocado en ellos.

—Dijo algo así como... —miró al techo, como buscando la idea que se le escapaba—. Me entrego al tigre de tres... —aporreó la mesa—. Creo que dijo ojos: el Tigre de Tres Ojos.

Las palabras quedaron en el aire unos instantes hasta que el técnico rompió el silencio.

—¡Y una porra! Eso lo has tenido que ver en alguna película mala de esas, mentiroso.

—¡Callate, Malcom! Es lo que escuché, lo juro —volvió a relajarse y a mirar su reloj—. Sea lo que sea, era un puto loco.

Beatrice negó con la cabeza.

—Nada mas lejos de la verdad —susurró antes de girarse hacia el técnico—. Quiero que imprima una foto del hombre. Ahora.

El hombre asintió. La joven salió del cuarto con Plock.

Ansel miró en todas direcciones. Aún no habían dejado pasar a nadie que no fuera del Cuerpo. Unos rayos de sol empezaron a asomar entre las

nubes al otro lado del techo de cristal, pero eran apenas unos destellos entre los grandes nubarrones.

—¿Qué tal si subimos? —preguntó la joven indicando el techo acristalado.

Plock tragó saliva mientras miraba lo lejos que estaba esa superficie sobre el suelo.

—Si no hay mas remedio...

Capítulo 7

En el laboratorio del forense, Lynch Knowlton se sentía asqueado; la pestilencia del desinfectante le daba náuseas. Estaba sentado junto a una mesa de plástico blanco. Sin embargo, Edric Dumm caminaba por el laboratorio con las manos a la espalda, observándolo todo con total serenidad. Knowlton se sorprendía del paseito que Dumm siempre se daba, sin aparente rumbo.

El zumbido de los aparatos ponía nervioso a Lynch, pero aguantó como siempre. En sus casi veinte años de servicio había visto cosas escalofriantes, pero siempre sentía que los laboratorios forenses eran lugares que le helaban la sangre. Era como el destino de los desafortunados a los que no podía ayudar. Procuraba no castigarse pensando en los cuerpos que estaban cerca de él, recordando las vidas que había salvado con anterioridad.

Lo cierto era que su miedo a las morgues era mucho más antiguo: cuando su padre aún estaba de servicio y el pequeño Lynch se había atrevido a entrar en el laboratorio. Aún tenía pesadillas de vez en cuando con aquel recuerdo.

—¿Cuál es tu primera opinión? —preguntó Dumm sin previo aviso—
Sobre el caso, digo.

Lynch suspiró y pensó que hablar sería lo mejor que podría hacer para calmarse.

—Parece que cabreó al tipo equivocado. Parece cosa de la mafia, un asesinato muy metódico, no es cosa de un adicinado —Knowlton no pudo evitar suspirar al pensar que parte de esa teoría no tenía ni pies ni cabeza—. Trabajé en Antivicio y vi mucho cuerpos de la mafia, gente que se había buscado demasiados problemas... aunque no se parecen a esto ni por asomo.

Bajó la cabeza y vio la sobra de unos pies por el debajo de la puerta que les separaba de sala de autopsias. La forense debía de estar acabando. Ya era hora, pensó Knowlton.

—¿Y tú que piensas?

Dumm se giró.

—Por el momento, prefiero no llegar a una conclusión precipitada.

¿Conclusión precipitada? Aquello sorprendió a Lynch. Desde que trabajaba con Dumm, había escuchado de él centenares de teorías nada mas empezar un caso. Recordaba divertido la vez en la que saquearon una joyería en Lexington Avenue; en las grabaciones de seguridad aparecían unos payasos arrasando con las joyas y Edric había propuesto que eran verdaderos artistas circense que visitaban la ciudad. Pocos días después descubrieron las joyas en unas de las caravanas de un circo cercano. Toda la comisaría lo maldijo por su suerte.

El sonido de una puerta habiéndose devolvió a Lynch a la realidad.

—Podéis pasar —dijo la forense. La mujer llevaba el cabello cobrizo recogido en un cola de caballo. La esbelta figura de Elsie Wood volvió a desaparecer tras la puerta de la sala de autopsias. Seguía llevando aquel

traje para no corromper las pruebas que le ponía a Lynch lo pelos de punta.

Dentro el olor a desinfectante seguía latente, pero lo acompañaba un hedor acre. Bajo una especie de lámpara gigante, se encontraba el cadáver de la víctima, descansando en la camilla como si durmiera tranquilo. A un lado de la camilla había una bandeja llena del instrumental perfectamente colocado, pero el echo de que estuviera manchado de rojo oscuro hizo que Lynch apartara la mirada.

—¿Lo has identificado ya? —preguntó Dumm mientras Elsie Wood dejaba la bandeja rápidamente en un fregadero de aluminio.

—He comprobado el ADN en el CODIS, y ha dado resultado —la forense se giró hacia un escritor y cogió una tabla con unos papeles y se la tendió a los agentes: Armello Fabrizi, treinta y nueve años. Estaba licenciado en antropología, y trabajaba como conservador en el Museo Británico Nació en Florencia, pero consta que vivía aquí desde los tres años.

Lynch se adelantó, extrañado. Cogió la tablilla y leyó otra vez el pequeño párrafo. Había una foto de Fabricci con el rostro algo cansado. Los ojos miraban directamente a cámara con cierto aire de preocupación. La poca información que había en el texto no valía para nada.

—Conservador del Museo Británico, y aparecía en el CODIS, ¿tenía antecedentes?

Wood se encogió de hombros.

—Por el momento, solo sé lo que pone ahí.

—Ósea nada —repuso Lynch.

A Wood pareció molestarle el comentario.

—Ese trabajo es de un investigador. Que pena que no habrá ninguno por aquí cerca...

—Hablando de trabajo —cortó Dumm desde el otro lado de la habitación, se había colocado junto al cuerpo con las manos en los bolsillos—, ¿podría proseguir con su explicación, señorita Wood?

La forense se alisó la bata médica como si fuera un acto reflejo para recuperar la compostura y se acercó a la mesa de autopsias Lynch también se acercó, aunque cada vez se sentía mas incómodo.

Vamos, Lynch, no eres un condenado novato que nunca ha visto la sangre.

La mirada de Lynch se dirigió hacia el rostro de la víctima. Unos separadores dejaban abierta su boca en un extraño equilibrio. Las mandíbulas parecían estar a punto de cerrarse en cualquier momento. Pero lo importante era lo que sobresalía del fondo de la garganta.

—¿Qué es eso? —mascullo Lynch.

—Eso es para el final —dijo Wood, indicando a Lynch con la mirada el pecho de la víctima.

La forense había limpiado la herida, por lo que se podía ver claramente la hendidura a la altura del corazón. Apenas eran unos centímetros que se hundían hasta llegar a algún lugar aje Lynch no llegaba a ver.

—Incisión en el corazón, es la causa de la muerte.

No me digas, pensó Lynch medio en broma.

—He sacado un molde y se está cotejando en la base de datos. Fue un corte exacto, sin titubeos. El asesino sabía lo que se hacía. La trayectoria es limpia y la herida bastante regular. Aunque no creo que fuera con un cuchillo de cocina. El modelo muestra una hoja lisa y en forma de rombo, no como la forma rectangular de un cuchillo normal.

—¿Lo habían amordazado? —preguntó Edric señalando las rozaduras en las muñecas.

—Eso parece. La dermis está al borde del desgarro.

Lynch se acarició la muñeca sin pensarlo al observar la marca roja.

—Tampoco creo que fueran esposas, las marcas son muy irregulares. Se me ocurre que fueran algunos grilletes de tortura.

Dumm se acercó terminó de dar su tercera vuelta al cuerpo y se detuvo junto a la cabeza. La forense asintió, como si le hubiera leído la mente.

—Pasemos a esto. Quería que estuvierais aquí cuando lo extrajera.

¿Extraer?, Lynch repitió las palabras en su cabeza, Podría haberlo hecho ella misma.

Qué remedio.

Tras colocarse los guantes con delicadeza, Wood acercó sus finas y expertas manos al rostro de Armello Fabricci. Sopesó los labios blancos y metió lentamente un fórceps por la cavidad

Dumm observaba expectante; Lynch también lo hacía, temido que fuera algo aún mas extraños. Lo cierto, es que ya sabía que sería aún mas extraños.

—Ya casi está —dijo la forense como si quisiera romper el silencio.

Extrajo un poco el fórceps con mucho cuidado. Luego, cogió el objeto con la punta de los dedos y retiró el fórceps. Muy despacio. Parecía que le costara, pues una mueca de esfuerzo se dibujó en el rostro de Wood.

Lentamente, los dedos empezaron a salir de la boca. Sujetaba un objeto metálico recubierto de un líquido espeso. Lynch se sobresaltó al ver que el objeto seguía estirándose desde dentro. Era algo largo. A los pocos segundos ya había sacado algo parecido al cargador de su pistola.

Por fin, la forense agarró el objeto con la palma de la mano. La sangre se deslizó y manchó ligeramente el rostro de Fabricci. Tras intercambiar una mirada nervosa con los inspectores, Wood sacó aún mas el objeto. Todos aguantaron la respiración unos instantes.

Se ensanchaba durante unos instantes, pero se reducía conforme salía, formando una vertiginosa curva. Lynch por fin entendió lo que veían sus ojos bajo las luces estroboscópicas: un cuchillo.

Finalmente, la figura salió por fin de la boca. Era un cuchillo de unos veinte centímetros de largo. La sangre casi seca resbalaba por la afilada hoja, dibujando los extraños surcos que decoraban el arma. La hoja formaba una pequeña línea curva desde el mango hasta la punta.

La forense lo mantuvo en alto mientras Lynch observaba los dibujos que de extendían por toda la hoja. Se preguntó como habría sido hundirla en la garganta.

¿Quién podría querer hacer algo así

Capítulo 8

Lo primero era lo primero, había dicho la hermana del capitán Dumm. Ella y Plock se volvieron a dirigir hacia la entrada, donde el forense acababa de preparar el cuerpo para su transporte. El calor fuera era aún peor, sobre todo con la gente que había alrededor con aire curioso. Plock no se explicaba cómo podía atraerles algo así.

El forense, un hombre robusto de tez morena, les saluda con una inclinación de cabeza antes de acercarse. Otros dos forenses indicaban al camión negro de la morgue las maniobras para acercarse lo máximo posible, y de paso poner una barrera entre el cuerpo y los curiosos.

—Apenas llevaba una cartera y un par de cosas más —explicó el forense apartándose la mascarilla para poder hablar.

—¿Tenía identificación?

—Sí —se giró hacia una mesa de plástico con unas especies de tabloncitos para evitar que fotografiaran los enseres personales del cadáver—: Dwight Goodwin. Treinta y seis años. Era de aquí.

—¿Pone algo más? —preguntó Plock

—No.

—Decías que había algo más.

El forense destapó dos objetos de una bolsa blanca. Eran dos bolsas más, pero transparentes. Dentro de la primera brillaba la figura de una pequeña llave sin nada más que un número grabado: ochocientos setenta y dos.

Beatrice le arrebató la bolsa y empezó a ojearla de cerca, pero la dejó de nuevo en la mesa con delicadeza. Hasta ese momento no había abierto la boca ante el forense, y no parecía tener intención de hacerlo: dio un paso atrás sin dejar de observarlo todo a través de sus ojos rojos.

Plock le dio la vuelta a la siguiente bolsa para ver mejor su contenido. Era como regaliz: seis ramas parduzcas atadas con un hilo rojo. Estaban perfectamente cortados. Ambos se dieron cuenta de algo sorprendente: entre las seis ramas se encontraba un pequeño insecto de un color amarillento.

—¿Que es eso? —preguntó Plock.

El forense se encogió de hombros.

—Esto es todo lo que hay —dijo antes de despedirse y volver con su paciente.

—Quizás sea algo de esoterapia —se aventuró Beatrice cuando el forense se había alejado unos metros—, o medicina natural. Hay que preguntar quien vende esto, quizá era lo que venía buscando desde el principio el señor Goodwin.

—Me llama más la atención la llave —Plock rozó la llave a través del plástico—. Aunque de poco nos vale si no sabemos que abre.

Beatrice levantó la vista hacia el cielo. Plock la siguió y descubrió lo que de verdad estaba mirando: el techo acristalado. Sintió que tragaba ante la idea.

La joven dio un paso hacia la entrada de Covent Garden.

—¿Vamos?

Plock asintió mientras tragaba saliva viendo el techo de cristal fundiéndose con el cielo.

No hubo muestras de cortesía ni ningún pedimos de nadie. Beatrice Dumm se adelantó a Ansel Plock y ahora subía una escalera de mano hacia el tejado. No era algo que hubiera molestado a Plock, ya que sentía que sus nervios se erizaban ante la idea de subir a esa altura.

Dejó atrás sus miedos y cogió el primer peldaño. Como agente raso, no podía desperdiciar la oportunidad de participar en una investigación, aunque fuera una investigación a la que nadie en el cuerpo parecía haberle prestado atención en un primer momento, solo aquella joven. Tampoco podía permitirse quedarse atrás por tener miedo a las alturas y convertirse en el cobarde del cuerpo. No, definitivamente no lo haría. Sería sentencia de muerte para su carrera y para el estúpido honor masculino.

Al llegar al último asidero, se encontró en un pequeño cuarto. Frente a él había una puerta abierta. Tras ella veía el terrorífico panorama que se avecinaba. Salió del pequeño cuarto y llegó a la terraza.

La vista de Londres desde lo alto de Covent Garden le sobrecogió. Nacido en un pueblo en Gales, Ansel Plock se había maravillado al ver la infinita extensión de Londres cuando la había visitado por primera vez, pocos meses antes. Pero a casi veinte metros de altura en el casco viejo de la ciudad, sentía que esa inmensidad se había agrandado mucho más de lo que imaginaba.

Se hizo un nudo en su garganta al mirar al suelo. Bajó sus pies se extendía un vacío hasta llegar a la planta baja de Covent Garden, uno o dos pisos por debajo del nivel del suelo. Por un momento pensó que estaba cayendo, pero seguía de pie sobre el techo acristalado.

Apartó la vista y decidió fijarse en la majestuosa figura de la Bahía de Wehtmincher y el London Eye. Pero descartó la idea al pensar que sería mejor saber en todo momento, pues no había ninguna valla que lo protegiera de una caída mortal. Empezó a andar hacia Beatrice, que se había alejado hasta uno de los extremos del tejado, el más alejado.

Suspirando, Plock pisaba con la mayor delicadeza que podía el suelo, creyendo oír como el cristal crujía bajo sus pies. Algunas personas en el interior del mercado empezaron a señalar al agente. Seguro que se estaban partiendo de risa con solo verle. Plock sabía que su tendría que estar con una expresión de total horror. Sus brazos estaban algo separados del cuerpo, como si anduviera por la cuerda floja. Lo único que trataba de hacer era mantener los ojos abiertos, algo difícil ya que había una voz en su cabeza que le susurraba que escapara de aquella escena.

Ya has llegado.

Ansel suspiró al ver que ya estaba a apenas unos metros de Beatrice Dumm. Se acercó a ella, pero retrocedió un paso al ver el precipicio que

daba a la calle.

La joven lo miró desconcertada.

—¿Qué le ocurre?

—Miedo a las alturas —Plock noto que su garganta estaba seca como el desierto, pero sus axilas estaban empezando a parecer una charca.

—Eso no tiene mucho sentido.

—¿Como? —exclamó Plock.

El agente se acercó un poco al borde y señaló hacia abajo. Su dedo apuntaba al cuerpo del suelo, que les devolvió la mirada desde su oscura visión.

—Deberías preguntarle a ese —la mujer miró el cuerpo pero no cambió su expresión.

—Sigo diciendo que el miedo a las alturas no tiene sentido. A lo que tiene miedo es a la caída.

Plock tuvo que hacer un esfuerzo para no echarla de ahí, pero aguantó pensando en su trabajo. Cada segundo que pasaba con aquella mujer, le daba mayores ganas de mandar todo a la mierda.

Beatrice volvió a girarse hacia al precipicio miró al frente. Plock siguió su mirada, preguntándose que buscaba. Debajo, el forense cerraba la bolsa del cadáver ante las miradas curiosas de la gente.

—El guardia dijo que llevaba algo en la mano, ¿verdad? —preguntó Beatrice—. ¿Lo seguía teniendo cuando han encontrado el cuerpo?

Plock recordó aquel detalle que había ignorado por completo.

—No había nada parecido a lo que nos a dicho —recordó la imagen de lo que parecía regaliz y la llave sin cerradura—. Seguramente se desharía eso cuando lo perseguían.

—Lo tiró por aquí —dijo Beatrice sin apartar la vista de la figura de Londres.

Plock asimiló las palabras y desechó la idea de encontrar el objeto. Si había lanzado el objeto por ahí, seguramente alguien la habría cogido y se la habría llevado sin pensar. De nada valía que organizaran un rastreo por la zona; además, lo cierto era que no sabían que buscaban, solo algo parecido a un termo.

—Lo lanzó por aquí —las palabras de la joven sacaron a Plock de sus pensamientos. Señalaba hacia un edificio de tres plantas con una fachada recargada de ábsides y repisas—. El teatro Linbury.

—¿Por qué ahí?

Beatrice se giró, parecía extraña ante la pregunta.

—¿Vino hasta aquí y se suicidó sin mas? No, podrían haberle detenido antes de llegar aquí.

—Quizá estaba nervioso.

—Parecía muy seguro de lo que hacía. Vino hasta aquí y lanzó el objeto hasta el teatro. Quizá habrá un patio por dentro y quería mandarlo hasta ahí. Quizá ese era ese objetivo desde el principio.

—¿Para que querría hacer algo...? —Plock no terminó la frase pues ya había entendido lo que quería decirle la mujer.

Goodwin tenía a alguien esperándole en el teatro. Había entrado a Covent Garden, había robado un objeto metálico y luego había subido al

tejado para lanzarle a su cómplice el objeto. Para luego suicidarse... Desde luego, nadie cuerdo podría haber hecho algo así.

—Deberías buscar al propietario de las hierbas —dijo Beatrice—, mientras yo voy al teatro.

Si no hubiera estado tan nervioso y evadido, se hubiera negado que la mujer fuera por su cuenta, pero la mente de Plock estaba ya en otro lugar.

Capítulo 9

Dentro del teatro Linbury, reinaba un silencio que apenas desaparecía con algunas pisadas nerviosas. En los alrededores del escenario, se amontonaban cajas con atrezo entre una marabunta de cables para la iluminación. Sieme Voorn daba vueltas por el escenario con el móvil en el oído.

Voorn sentía que los nervios le ponían furioso. La última llamada iba dirigida a uno de los técnicos de sonido que mas odiaba, un ucraniano que no dominaba el inglés. Aquel imbécil había tirado un altavoz de casi dos mil libras, y luego se había ido sin siquiera recogerlo para irse a almorzar. Sieme había tenido que llamar a un colega de otro teatro en West End.

El ucraniano seguía sin responder.

Debía de estar anocheciendo, supuso Voorn. Llevaba ya unas cuantas horas ahí de pie haciendo diversas llamadas para acabar con algunos problemas a pocas horas del estreno. Como si fuera el único que se preocupaba por el trabajo. Parecía mentira que, a un día del estreno, estuviera solo en el teatro.

Nadie se había quedado para revisar los detalles. Voorn sabía que el día siguiente sería el mas ajetreado de la temporada, y se preparaba física y mentalmente. Prefería trabajar sólo como la hacía en ese momento. El último técnico se había ido hacía unos momentos.

Cuando el director se disponía a hacer otra llamada, el chasquido de una puerta le llamó la atención. Se giró hacia el patio de butacas. La puerta doble del fondo temblaba (se abría hacía ambos lados y no tenía siquiera pomo), alguien acababa de pasar por ella. Pero en el público no se adivinaba a alguien.

Seguramente era algún técnico que se había dejado algo. Lo que de verdad sorprendió a Voorn fue que quien había entrado no había avisado de que estaba ahí.

—¿Robert? —preguntó sin fijarse en un lugar concreto. Seguramente era Robert, el director de iluminación; siempre era despistado al respecto de sus cosas, aunque nadie podía discutirle su profesionalidad en el trabajo— ¿Hola?

Algo se movió a su izquierda y Voord se giró rápidamente. En esa parte se amontonaba parte del atrezo de la obra que representaban al día siguiente: dos columnas de cartón piedra al estilo corintio y una pared con dibujos que recordaban a los de un palacio de la antigua Grecia.

—¿Quién es?

Voord suspiró, sintiendo que su enfado, por sorprendente que fuera, iba aun en aumento... Se acercó a los adornos y se sorprendió al ver que no había nadie por ahí. Los focos dibujaban extrañas sombras.

—Antígona, de Sófocles —dijo una voz detrás de Voord.

En cuatro se giró, se encontró con una figura en el centro del escenario leyendo el pequeño libreto que narra toda la obra. Los focos se reflejaban con un extraño resplandor sobre la pálida piel de la mujer.

Levantó la cabeza y bajo un flequillo casi plateado aparecieron dos ojos

rojos que se fijaron sobre Voord.

—¿Quién es usted? —el director se acercó al escenario, molesto por la interrupción — Aquí no puede estar.

La joven enseñó una tarjeta plastificada sin apartar la vista del libreto. Voord se quedó de piedra al ver la identificación, pero se serenó al razonar lo que leía. Siquiera era de la Policía, solo una colaboradora civil.

—No puede estar aquí —repitió Voord.

—Lo sé.

Voord gruñó. ¿Qué prendía aquella mujer? No podía permitirse perder el tiempo de aquella manera.

—Estoy investigando lo del cuerpo que han encontrado en Covent Garden —empezó a explicarse la joven—. Vengo a registrar algo en el teatro. Venía a decirle que estaría por aquí.

—No tiene permiso. No es de la Policía, no tiene ningún derecho a hacer lo que le apetezca. Váyase, aquí intentamos trabajar de verdad.

La mujer ladeó la cabeza y observó el teatro vacío.

—Tiene razón: no soy de la Policía. Pero podría comentarles el contenido de esa caja que tiene ahí —señaló con la cabeza una mesa.

Sobre ella había una pequeña cajita de metal. Voord sintió una punzada en el pecho al recordar el contenido. Sintió un cosquilleo en la nariz al pensar en el polvo blanco. Se maldijo a si mismo, tenía doscientos gramos en su camerino. Podían meterlo unos cuantos meses entre rejas acusado de posesión y venta de drogas.

—Puede pasearse todo lo que quiera —aceptó Voord con la voz entrecortada—, pero, por Dios, cayese.

La mujer dejó el libreto abierto sobre la mesa e hizo el mutis desapareciendo por el otro lado del escenario. Voord se fijó en como había dejado el libro y se fijó en una frase que había resaltada en la página abierta.

Beatrice se sonrió por haber conseguido pasar sin mayor complicación que una simple amenaza de chivatazo. Se hizo paso entre el atezo hasta llegar a la parte oculta para el público, una sucesión de estrechos pasillos recubiertos de madera oscura.

Subió por unas escaleras que parecían a punto de ceder por su propio peso y llegó a otro corredor oscuros. La única muestra de color era unas cajas con cierres de hierro y los extintores que habían cada pocos metros. Calculó a que distancia se encontraba de Covent Garden y se decidió por un pasillo que giraba a la derecha

Empezó a pasar filas de camerinos. De algunos salía la pestilencia del sudor mientras que otros rezumaban el aroma artificial del maquillaje. Algunos tenían las ventanas abierta, pero otros parecían cuevas oscuras.

Tras un paseo de cinco minutos, Beatrice encontró el lugar que buscaba, pero se sorprendió al ver lo que había en el suelo. Era un pequeño pasillo de paredes oscuras que acababa en una ventana, que era la única fuente de luz en el lugar. Rodeó el pequeño objeto y se acercó a

la ventana. Parte de los cristales seguían en la ventana como una pantalla resquebrajada; otros estaban esparcidos por el suelo.

Era un lugar alejado y era lógico que nadie en todo el día se hubiera pasado por ahí.

Al acercarse a la ventana, los rayos del atardecer chocaron contra sus ojos. Sintió escozor y parpadeó para acostumbrarse a la luz. En la calle ya no quedaba rastro del desconcierto de esa mañana y todos los comercios estaban abiertos y la multitud paseando como si nada hubiera pasado. Justo en frete estaba el tejado acristalado de Covent Garden.

Beatrice se sorprendió la ver que el malabarista de todos los días no estaba ahí, mientras que las grandes tiendas seguían ganando dinero.

Volvió a girarse hacia el objeto y se agachó junto a él. Se ajustó unos guantes blancos y cogió el artefacto con cuidado.

Parecía un termo. Tenía los laterales de hierro y marfil, y pesaba casi medio kilo. La figura engordaba en el centro y se había fino hasta llegar a los laterales, que tenían forma octogonal. Lo mas sorprendente de todo era que por fuera se podían leer letras y números. Al cogerlo, algo líquido se meció en el interior.

A los instantes, Beatrice sabía lo que era. No era el objeto por el que un hombre había muerto, sino por lo que guardaba en su interior.

Un auténtico secreto.

Cuando Beatrice salía por la puerta del teatro Linbury, una sombra de casi dos metros se disponía a entrar. Se apartó y se escondió para que no le viera. La mujer tenía un aspecto demoníaco para la sombra.

Tras verla aliarse y perderse entre la gente, apretó los dedos en las palmas de la manos hasta ver que la sangre empezaban a manchar sus uñas. Se limpió un poco y entró en el teatro.

Si no encontraba lo que buscaba, se tendría que volver a manchar las manos.

Capítulo 10

Lynch Knowlton se sorprendió al ver donde estaba el hogar del profesor Armelo Fabricci, un conservador del Museo Británico, no era mas que un pequeño apartamento de un edificio cochambroso en pleno Canary Wharf, donde perros caminaban hambrientos y llenos de pulgas. Dumm se adelantó y subió los escalones de un salto. Apretó un timbre y sonó un chirrido. Lynch se dio prisa por alcanzarle.

Todo estaba cubierto por una ligera capa de polvo.

—¿Quién? —se oyó una voz entrecortada por el escacharrado telefonillo.

—Lynch Knowlton, Policía metropolitana.

Al otro lado de la línea, el hombre titubeó unos segundos.

—Vale, pasen.

La puerta emitió un zumbido y Duum la empujó para abrirla. Dentro, había un pesado olor a humedad. La luz no funcionaba, solo quedaba la luz del amanecer por la puerta. Sus pasos reverberaron en el largo pasillo; aparte de eso, todo estaba en silencio, con gran expectación.

Lynch se sorprendió al encontrarse cara a cara con algo que no había visto. Unos ojos con las venas marcadas le miraban desde un rincón. El hombre que lo miraba tenía diez años mas que el agente, y unas profundas arrugas surcaban su rostro frío.

—Mejor por las escaleras —dijo Dumm, alejándose de un ascensor escabroso con espesas manchas marrones.

Lynch se giró hacia las escaleras. Le vendía bien el ejercicio. Y la idea de meterse en esa cabina claustrofóbica no le llamaba mucho la atención.

—Sí, mejor.

Dos pisos mas arriba, otro pasillo largo le dio la bienvenida a ambos agentes con un olor a gato muerto. Si llego a saber, pensó Lynch, me quedo en comisaria. Se giraran al escuchar chasquidos en una de las puertas. Tras quitar los cinco pestillos, la puerta número veintidós se abrió.

—Pasen —dijo un hombre joven con un ligero acento francés.

Lynch entró primero y siguió al hombre, al que apenas veía por la penumbra de la entrada. Dumm cerró la puerta con delicadeza. El pasillo giraba a la derecha y cuando los agentes llegaron a ese lugar, el hombre cerro rápidamente una puerta y siguió adelante.

—Vengan al salón, por favor.

El salón estaba mejor iluminado, con una ventana por la que entraba una brisa que traía el frescor del verano inglés. La cocina estaba justo a lado, y se conectaba con el salón por una abertura en la pared. El hombre se sentó junto a la ventana. Lynch tomó asiento en un sillón sin que se lo ofreciera nadie.

Los pocos muebles que habían (que parecían comprados en un mercadillo) estaban llenos de cosas desordenadas. Camisetas arrugadas, envases sucios y vasos a punto de hacerse añicos contra el suelo. Un olor a papel flotaba en el aire. Varios fajos de papeles estaban apilados sobre

un escritorio junto a un cartón de pizza; seguramente trabajo acumulado de Fabricci, Dumm se dio cuenta que junto a él había un sobre de papel manila.

—¿Quieren tomar algo? —preguntó el joven, su voz delataba que estaba algo nervioso.

—No, tranquilo —respondió Lynch, a pesar de que se moría de hambre—. Hemos venido a hacerle unas preguntas. ¿Armelo Fabricci vie aquí?

El joven asintió mientras juntaba las manos. Llevaba pantalones vaqueros cortos hasta las rodillas. En ambas orejas tenía dos pendientes con piedras negras, y un tatuaje de una especie de fénix alzándose en su pantorrilla. Su camisa negra rezaba una frase con letras blancas de Edgar Allan Poe: "A la muerte se le toma de frente, con valor, y después, se le invita a una copa..." A la frase la acompañaba una caricatura de Poe con una parca cadavérica, festejando como borracho, y con una copa en la mano.

Lynch sacó un bloc de hojas amarillentas y pasó varias páginas ya garabateadas. Luego, chasqueo el bolígrafo.

—Y usted, ¿vive también aquí?

—Sí.

—Y se llama...

—Grégorie Chevré —separó las letras para que el agente lo escribiera bien en su pequeña libreta.

—¿Es la pareja del señor Fabricci?

El joven dio un respingo y sonrió tímidamente.

—No, éramos amigos. Armelo era todo menos... —pareció buscar una palabra que no fuera ofensiva para nadie—eso. Tenía bastante facilidad para las mujeres, solía ligar siempre que se lo proponía, ¿saben?

—Trabajaba en el Museo Británico, como conservador, ¿verdad. Dígame, Grégorie, ¿en que trabajaba en estos momentos?

El hombre se giró y miró al otro agente como si quisiera cambiar de pregunta. Se revolvió un poco y en su asiento y negó con la cabeza.

—La verdad, no se muy bien en que hacía ahora. Me comentó hace un mes algo de una exposición, pero nada más.

Dumm habló por primera vez desde su sitio:

—Y usted trabaja en...

—En un restaurante de por aquí cerca, el Rubick's. De camarero. Al menos hasta que mi empresa sea viable.

Edric arqueó las cejas como si se hubiera sorprendido.

—¿Qué empresa? —preguntó, claramente interesado.

—Biotecnología, es un mercado por explotar. Sería algo pequeño, en un principio. La idea es investigar la aplicación de la nanotecnología en la medicina.

—¿Y cómo es eso?

El tal Chevré sonrió, le debía agradar que alguien se interesara por su oficio. Quizás también le gustara la idea de hacerse el listo por unos minutos. Lynch decidió dejarle hablar. Parecía un emprendedor sin conciencia del fracaso, eso era bueno.

—En un principio podría sustituir a los glóbulos blancos. Ayudara a coagular las heridas, además de ser el sustituyó de las plaquetas para alguien que sufra de hemofilia. Solo hay que inyectar los en vena con suero fisiológico. Mas adelante, podríamos operar sin tener que abrir al paciente. En resumen: son como unas pequeñas células artificiales. Curaría las algunas de las enfermedades de una persona durante toda su vida.

—¿Como saben estas células que tienen que hacer? Y adonde ir. Serviría para arreglar un problema en concreto, pero quizás no puedan hacer eferente a algo que ataque al paciente años después.

—Están preparadas con un programa informático, basado en CHINOOK. Éste es un programa creado para jugar a las damas, pero que puede tener grandes salidas. El programa intenta alcanzar su objetivo, aunque tenga que buscar un camino alternativo. Está preparado para aprender por sí mismo y experimentar con cada opción para la mejor alternativa. Es un poco como el ser humano, aprendiendo de lo que nos rodea —se giró hacia Dumm—. Sólo hace falta un buen inversor.

Lynch asintió sin saber muy bien lo que el hombre acababa de decir.

—¿Podemos volver a lo que nos incumbe? —preguntó dando unos toques al bloc de notas con el bolígrafo.

—Sí, perdón. ¿Qué quieren saber más?

—¿Tenía el señor Fabricci algún enemigo?

Chevré puso cara de no comprender. Sin dejar de mirar al teniente, se acercó al borde del sillón con creciente expectación.

—¿Le ha pasado algo a Armello?

—Hemos encontrado su cuerpo, esta mañana. Tenemos razones suficientes para suponer que ha sido un asesinato —dijo Dumm. Lynch estuvo a punto de decir que cerrara el pico.

Chevré palideció mientras parpadeaba para intentar comprender las palabras del agente.

—¿Qué razones?

—Eso da igual. ¿Sabe si tenía algún enemigo? —insistió.

El joven negó con la cabeza sin mirar a nada en concreto; estaba perplejo. Tardó unos segundos en buscar un nombre.

—Siempre había un conservador con el que se llevaba bastante mal. Armelo decía que siempre intentaba jugársela, intentaba que la cagara para que lo echaran. Blaine, creo que se llamaba. Creo que últimamente se estaban disputando algo de la exposición. Por dirigirla, supongo. Pero no veo que quisiera matarle por algo así..

Dumm cruzó una mirada con Lynch antes de volver a preguntar:

—¿Alguien mas?

Chevré negó con la cabeza.

—Gracias por su ayuda.

Lynch se levantó del sillón sin poder evitar agarrarse la cadera. Llevaba unos días en los que sentía unos pinchazos en la parte baja. Se giró hacia Dumm y le indicó con la cabeza que era hora de irse, pero Edric siguió mirando al joven.

—¿Tiene algún inversor pensado ya?

Chevré dio un respingo y miró de reojo una pila de papeles. Tragó saliva un instante y se levantó para acompañarlos a la salida.

—No, no. Aún es pronto.

Dumm asintió sin dejar de mirarle. Luego siguió a Lynch hasta la salida.

Capítulo 11

Sieme Voord arqueó su espalda hacia atrás para intentar calmar el dolor de espalada. Llevaba casi dos horas inclinado sobre el ordenador que controlaba la iluminación cuando se había levantado para recoger una pizza. Sonrió al recordar la mirada del pizzero al ver que la dirección se trataba del gran edificio de arquitectura recargada donde se representaban las mejores obras de teatro moderno de todo Londres.

Voord dejó el cartón sobre una mesa en el escenario y abrió la tapa. La pizza, con piña y trozos de aceitunas, aún estaba caliente. Era de las peores comidas que había probado desde que vivía en Londres, pero Voord siempre la encargaba en situaciones así, con todo el peso del trabajo sobre él.

Deliciosamente empalagosa.

Devoró un trozo de dos mordiscos y lo acompañó con un trago de Pepsi sin azúcar. Dejó la lata y se estiró para evitar estar tan entumecido. Sentía sus ojos pesados, debían de ser las dos de la mañana, aunque no lo sabía con certeza. Llevaba ya varias horas solo. Incluso el guardia le había dado las llaves del teatro para que cerrara él mismo.

Desde luego, era el único que de verdad se preparaba de verdad para la función. Para eso eres el director, Sieme, pensó suspirando. Aquella función era la oportunidad que esperaban su compañía para resaltar en los grandes cárteles. A pesar de ello, el elenco parecía indiferente.

Los ojos de Voord se dirigieron rápidamente hacia las butacas. Creyó ver algo corriendo entre la penumbra. Volvió a mirar en esa dirección alarmado, pero no encontró nada más que butacas vacías. Habría jurado haber visto algo, pero ¿quién iba a ser a esas horas? Nadie se habíapreciado a aparecer en toda la tarde y lo iba a hacer en ese momento. Voord lo dudaba.

Decidió que ya era hora de irse a dormir, mañana debía de estar fresco y bien despierto para hacer frente a los últimos preparativos. Mientras recogía los restos de la grasienta cena, empezó a tararear una canción que se le había pegado de un anuncio. Recogió la caja de pizza y la dejó por ahí, seguro que alguien se la comería sin pensarlo mucho.

Cuando iba a apagar las luces, uno de los tablonos del atrezzo más grandes se desplomó contra el suelo con un gran estruendo. Voord dio un salto y se giró hacia el tablón. Si hubiera caído unos instantes antes, habría caído con todo su peso sobre él. El director suspiró y cogió el retablo de cartón-piedra.

El retablo dio unos golpecillos titubeantes contra la pared antes de terminar de apoyarse. Voord se apoyó mientras ese recuperaba del esfuerzo y miró por el hueco que había entre el retablo y la pared. Unos ojos inyectados en sangre le devolvieron la mirada.

Voord dio otro respingo y retrocedió unos pasos.

—¡Fuera de aquí! —gritó, aunque había perdido de vista a la figura—
¡Voy a llamar a la policía!

Tanteó su bolsillo sin dejar de apartar de su vista el tablón. Se maldijo al sentir que su bolsillo se encontraba completamente vacío. Sin pensarlo, se giró en seco y empezó a correr hacia las escaleras. Los peldaños de hierro se tambalearon bajo su peso, pero Voord estaba acostumbrado y los ignoró.

Llegó a un corredor lleno de camerinos de un salto y empezó a correr sin saber mucho porqué lo hacía. ¿Había visto a alguien de vereda? Podría haber sido un parte del decorado. Llevaba muchas horas despierto, era muy normal que su cerebro le diera una mala pasada.

Sieme, eres un cobarde sin remedio, se dijo a sí mismo.

Estuvo a punto de darse la vuelta y volver a bajar, pero algo chocó contra él con una fuerza brutal.

Voord salió despedido unos metros hacia delante sin saber muy bien lo que había pasado. Rodó un poco y se equilibró con las rodillas. Estaba dispuesto a defenderse con uñas y dientes frente al agresor. Pero se echó atrás al verlo.

En aquel pasillo oscuro sólo se atisbaba la silueta de alguien enorme. Casi dos metros de alto y ancho como un armario. Olía mal, como a tierra húmeda y a sudor. Aunque no podía asegurarlo, Voord apreciaba que la figura tenía el pecho desnudo.

—¿Dónde está?! —una voz profunda inundó el pasillo como un gran estruendo. Voord adivinó un extraño acento en la voz.

Arañando el suelo, el director se levantó del suelo y empezó a correr sin mirar muy bien donde iba. Había empezado a sudar. Cuando estaba a punto de girar el pasillo, noto que el suelo cedía y chaqueaba bajo su peso.

Antes de que pudiera pensarlo, fue otra vez derribado, esta vez contra la pared. Cayó de bruces contra el suelo. Tras unos segundos de confusión, Voorn se dio cuenta de que estaba sobre un tapiz de cristales rotos. Entre sus dedos resbalaban pequeños trozos, lanzando destellos.

—¿Dónde está? —preguntó de nuevo, la voz sonaba a pocos centímetros de la cabeza de Voord— ¡Dímelo!

Sintió como su mano se aferraba a uno de los trozos mas pequeños y segundos después se lanzaba al ataque. La figura dio un paso atrás, pero Voord consiguió cortarle a la altura del abdomen con el filo del cristal. Sí, estaba seguro de haberle dado.

En un instante, la sombra respondió con un golpe en el rostro del director. Voord perdió el norte unos segundos hasta que notó que alguien le empujaba contra la pared. Su espalda se quejó con una punzada de dolor mientras aire abandonaba sus pulmones.

—¡Habla!

Cuando abrió los ojos, Voord se encontró que unos pequeños ojos le devolvían la mirada desde un rostro ennegrecido. Intentó retorcerse pero la fuerza suelo sujetaba del cuello pareció multiplicarse.

Una de las manos que el amordazaba el gástrico desapareció y Voord intentó ver donde estaba. Se sintió que el corazón le daba un vuelco al ver el brillo de un cuchillo acercándose mentalmente.

Un dolor punzante inundó su pecho. La imagen del pasillo se fue

difuminando mientras sus extremidades se retorcían sin control. Quiso apartar la vista de aquellos ojos furiosos, pero le fue imposible.

No sabía si había perdido el conocimiento. Solo sentía que alguien le arrastraba y, lo que era peor, su telón se cerraba para siempre.